

« ella se halla la prueba de
« que fuí un muchacho poco
« desarrollado para mi edad.
« Por el empeño que habéis
« puesto, muchos de los que lo
« hubieran ignorado lo sabrán
« ahora. No llega mi torpeza
« hasta ofenderme por esto.

« Una palabra final, para sa-
« tisfacción del bibliófilo. El
« ejemplar que poseéis es el que
« perteneció a mi padre. Él
« agregó un retrato de Rade-
« gunda, lo hizo cubrir, bas-
« tante mal, por un pequeño
« encuadernador de la calle
« Mazarino cuyo nombre he
« olvidado; de su mano escri-
« bió debajo del título, con
« lápiz azul, la fecha de No-
« viembre de 1859. Recordá-
« mos algunas pequeñas cosas,
« mientras olvidamos las gran-
« des. Os puedo decir que mi
« padre compró el retrato de
« Rade gunda por la suma de
« diez céntimos, a su vecina,
« la señora Rosselin, sucesora
« de Delpech, en el muelle
« Voltaire.

« Creed mi querido Louis
« Barthou, en mi cordial amis-
« tad.

Anatole France.»

Gobiernos fuertes y gobiernos inteligentes.

Con este título publica Luis de Zulueta, sobre un problema político-social de actualidad rigurosa en las naciones de Europa y América, un estudio que

el *Repertorio Americano*, con el acertadísimo criterio que dirige la selección de sus páginas, reproduce en uno de sus últimos números.

El eminente profesor y hombre de letras precisa sus miradas hacia dos países europeos que se han avocado de muy diversa manera la solución que las democracias occidentales se hallan en la exigencia de encontrar frente al problema que crea la influencia del bolchevismo ruso en el aspecto actual de las cuestiones sociales. Son dos pueblos eslavos cuya agitada vida interna ha sido ocasión de inquietudes en Europa los que fijan la atención de Zulueta: Bulgaria y Checoeslovaquia.

Comentando una opinión del ruso Berdyayev, político radical adverso a la actual revolución, Luis de Zulueta trae una definición del soviétismo que creemos no deber callar. Dice Berdyayev: «A pesar de cuanto ha trastornado y destruido, hay que reconocer que ésta es nuestra revolución nacional». Y el cronista español agrega: *Contiene una mezcla de idealismo oriental, despotismo asiático y sociología germana, que la hacen casi inocua para el resistente organismo de las democracias occidentales.*

No sabemos que se haya dicho nada tan exacto sobre la significación de la revolución

rusa y su valor como elemento de renovación o trastorno, de que tanto mérito verbal se ha hecho en la vida política y antipolítica, en la evolución de las democracias industriales de Occidente.

Pero concedamos que el bolchevismo llegara a ser una amenaza. Previa esta hipótesis, ¿cuál habría de ser la política destinada a evitar los peligros revolucionarios? Tal es la cuestión que Luis de Zulueta resuelve con el ejemplo que han dado los hombres de gobierno en Bulgaria y Checoeslovaquia, y con los resultados obtenidos en ambas naciones.

Bulgaria está regida hoy por un gobierno de los que se ha dado en llamar gobiernos fuertes. Llegó al poder por un golpe de fuerza; se dió a sí mismo el carácter de gobierno de reacción y de dictadura, y vino a reemplazar al partido agrario, que se distinguió por su política liberal y democrática. ¿Qué ha ocurrido bajo este régimen de energía y dureza? Los propios campesinos, que en la misma Rusia han sido elemento opuesto a la revolución, se han alzado ahora en Bulgaria en la forma violenta y trágica que ha conmovido la conciencia mundial.

Se han levantado, obedeciendo las sugerencias de la Internacional de Moscú, contra el Gobierno de hoy y contra los gobernantes caídos.

La violencia gubernativa y

reaccionaria, la violencia negra, ha provocado, por natural reacción, la violencia roja. «Reacción y revolución suelen engendrarse recíprocamente. No se ha producido, de cierto, bajo un gobierno liberal el inicuo atentado de la catedral de Sofía, entre cuyos escombros quedaron tendidos ciento cincuenta cadáveres.»

Un gobierno exclusivamente fuerte puede, sin duda, reprimir y castigar; pero no puede prever; no puede gobernar en el sentido supremo de esta idea; no puede regir con acierto, ni puede proveer al logro de un propósito general y permanente.

Checoeslovaquia, en cambio, está regida por un gobierno de inteligencia. El Presidente de la República, Masaryk, es un hombre de alta e intensa cultura, un filósofo, un espíritu avizor, abierto, demócrata de verdad, conocedor de la realidad social del pueblo que gobierna.

Y no llegue a pensarse que la tarea de los gobernantes checoslovacos estuviera allanada por favorables condiciones de la situación y tendencias de su pueblo. Nación nueva, sin tradiciones históricas, ni clara posición internacional, ni unidad étnica y lingüística: no podía ofrecer una norma de gobierno precisada por el equilibrio natural de las fuerzas de opinión largamente encauzadas.

En los días que siguieron al



término de la guerra, la revolución social estuvo a punto de estallar en la nueva república. La agitación aparecía públicamente en las calles de Praga. Pero Checoeslovaquia es un pueblo de cultura política superior; supo corregir oportunamente los peligros que amenazaban su vida en el momento mismo en que nacía como nación, exaltando un gobierno de inteligencia.

La Constitución que se ha dado es, acaso, la más liberal de todas las de Europa; las reformas legales con que dió término a su problema económico, financiero, industrial y social, le han procurado el máximo de tranquilidad y bienestar compatibles con la crisis actual de los países de Europa.

El solo estudio de las leyes agrarias, de subdivisión de la propiedad territorial y distribución a los pequeños cultivadores, y el resultado real de tales reformas revelan que este gobierno no improvisó ni *inventó* una legislación abstracta o teórica, sino que *descubrió* las necesidades positivas de su pueblo y sus capacidades de organización, sancionándolas e imprimiéndoles la coordinación de un sistema legal.

El pueblo, sin duda, no pedía lo que ha obtenido; pero al pueblo no hay que darle lo que pide, sino lo que necesita. Tal es el sentido honrado del gobierno democrático; lo demás

es anarquía y desorientación demagógica.

Conclusiones y enseñanzas de gran valor derivan del estudio de Luis de Zulueta, político, no en el sentido vulgar del término, sí en el más elevado que don Miguel de Unamuno le concede en alguno de sus ensayos.

Si tiene este artículo de Zulueta un valor de actualidad harto apreciable, no carece de uno más universal y permanente, como paráfrasis de estas palabras, muy dignas de honrada meditación, de Máximo Lerov:

«Abundan los buenos ciudadanos que piden un robustecimiento de la autoridad, un *Gobierno fuerte*... La fórmula habitual no es, ¡ay!, la de un *Gobierno inteligente*.» —A. V.

El problema de la cultura en México.

Es bastante conocido el esfuerzo sostenido y múltiple que los hombres de los últimos Gobiernos mexicanos han dedicado a la solución del problema educacional de su pueblo.

La obra eminente de Vasconcelos es un ejemplo y un hecho que ya se ha ofrecido a numerosos y serios estudios.

Puede señalarse como aspecto principal de esta obra la tendencia nacional o de raza. No, ciertamente, nacionalismo de reacción, imperialismo de bandería política. El verdadero